

## APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL ILUSTRE GENERAL

## D. NICOLÁS BRAVO.

Ardua es en verdad la tarea que nos hemos impuesto, al pretender reseñar los actos más salientes de la vida de un hombre que legó á la posteridad el imperecedero recuerdo de sus altas virtudes patrióticas; pálidas las más elocuentes frases que pudieran brotar de nuestra débil pluma, en loor del héroe cuyo nombre ha recogido la Historia para escribirlo en su gran libro con letras de diamante. Pero si esto es así; si al emprender nuestro atrevido vuelo hasta las purísimas regiones donde reposa en excelsa beatitud el genio del varón esclarecido, por quien trazamos estas líneas, empaña nuestro aliento las auras de gloria que le circundan, justifique al ménos nuestra osadía, la nobleza del fin que nos anima, al poner á la contemplacion de todo mexicano las proezas legendarias de los que se sacrificaron por legarnos una patria independiente y libre.

\* \* \*

Se deslizaba tranquilo el año de 1810. Apénas comenzado su último tercio, estalló en Dolores esa chispa sagrada que conmovió profundamente el palacio de los vireyes, y fué á repercutirse por todos los ámbitos de la entonces Nueva España.

Chilpancingo era el lugar de residencia de una numerosa familia, cuyos miembros, alejados de los bulliciosos centros de poblacion, habian formado de las labores del campo una grata ocupacion. Pareceria tal vez que hasta ese apartado rincon del Sur no resonaria el vigoroso acento de la insurreccion. No fué así por fortuna: el destino tenia designados los actores de ese drama

sangriento que debia preceder á la emancipacion política de México, y muy pronto D. Leonardo, D. Víctor, D. Máximo, D. Miguel y D. Nicolás Bravo se sintieron impulsados por una fuerza misteriosa que los atraía á la revolucion. Pero no anticipemos los hechos.

D. Nicolás Bravo vió la luz primera en la ciudad de Chilpancingo (hoy capital del Estado), el 10 de Setiembre de 1786, á juzgar por su hoja de servicios que hemos tenido á la vista, por la inscripcion de la lápida mortuoria que cubre sus restos, y por las formales aseveraciones de sus parientes próximos, á falta de otros datos más ciertos, pues han desaparecido los archivos parroquiales relativos á la época probable del nacimiento del héroe.

Sus primeros años debieron resbalar en las infantiles recreaciones de la niñez. Ya en edad propia para recibir la instruccion elemental, su tío D. Víctor, hombre ilustrado y de liberales ideas, le enseñó á leer, escribir y algunas nociones de aritmética, despues de cuyo aprendizaje pasó al lado de un virtuoso sacerdote que vivía en la hacienda de Mazatlan, inmediata á Chilpancingo: allí aprovechó lo bastante para dedicarse á más serios estudios en la carrera eclesiástica, para la que no tenia vocacion, como lo manifestó á su padre, quien viendo contrariados sus deseos, lo mandó á trabajar en clase de operario á su hacienda de Chichihualco, dando órdenes al mayordomo para que le empleara en las más rudas fatigas, procurando por este medio inclinarlo al sacerdocio. Tal medida se llevó á cabo estrictamente; mas sólo se aventajó que el futuro y apuesto insurgente desarrollara notablemente sus fuerzas físicas y se habituara á toda suerte de privaciones, constituyendo este género de vida una pequeña enseñanza donde aprendió á soportar con resignacion las penalidades que le sobrevendrian más tarde.

Persuadido D. Leonardo de la inquebrantable firmeza de su hijo, desistió de sus propósitos, y la distinguida dama Doña Antonina Guevara vino á formar parte de la familia Bravo, uniéndose en matrimonio con D. Nicolás, quien establecido en Chilpancingo, se dedicó al comercio, esperando realizar una modesta fortuna. Esto pasaba á fines de 1810, tiempo en que empezaban á llegar por este rumbo las gacetas de México, en las que se hablaba del movimiento iniciado por Hidalgo: su lectura entusiasmó de tal manera á D. Nicolás, que una noche, durante el sueño, comenzó á moverse bruscamente en su lecho, y se molestó un tanto con su esposa por haberlo despertado de tan grato sueño, en el que se imaginaba andar peleando al lado de los insurgentes. Este incidente, que de seguro fué aceptado por él como un mandato del cielo, le hizo tomar una resolucion definitiva, á la sazón que los comandantes de Tixtla y Chilapa excitaban á los Bravo para organizar tropas en favor del Gobierno

vireinal, amagado seriamente con la aparicion de Morelos por las costas del Sur. Desde luego trasladó D. Nicolás su residencia á Tlacotepec, so pretexto de mudar temperamento; de allí se dirigió á la provincia de Valladolid en busca del gran Morelos; y despues de una penosa travesía por la Tierracaliente, lo encontró en el pueblo de La Union, y se puso á sus órdenes.

Las pequeñas fuerzas de Morelos se movieron hácia Acapulco, consiguiendo desalojar del Veladero á los realistas mandados por Carreño; mas por las serias dificultades que presentaba la toma de Acapulco, se aplazó para más tarde tal proyecto, y Morelos, despues de haber librado algunas acciones en varios puntos de la costa, marchó con su pequeña division hácia Chilpancingo. En el camino le escasearon considerablemente los víveres, y adelantó á D. Hermenegildo Galeana á solicitarlos á Chichihualco de los Sres. Bravo, ocultos en la cueva de Michapa, cercana á dicha finca. La llegada de este jefe coincidió con la aparicion de la tropa del comandante Garrote, de Chilpancingo, que sorprendió á los soldados de Galeana que se estaban bañando en el rio, y cuyo objeto era apoderarse de los Bravo, sustraídos á la obediencia del Gobierno. Esta circunstancia decidiólos á lanzarse á la revolucion. Las fuerzas enemigas fueron completamente derrotadas por Galeana y sus valientes compañeros, quienes persiguieron sin descanso á los vencidos hasta Tixtla, que ocuparon sin dificultad. Morelos llegó á Chilpancingo precisamente cuando los Bravo y Galeana seguian la pista á Garrote: unido á ellos, llegó hasta Tixtla, en donde dejó una corta guarnicion al mando de Galeana y D. Nicolás Bravo. El jefe realista Fuentes, que ocupaba á Chilapa, teniendo noticias de que Morelos se holgaba tranquilamente en Chilpancingo, con motivo de la festividad del 15 de Agosto (1811), creyó oportuno sorprender la guarnicion de Tixtla, como lo verificó el mismo dia 15, y no obstante la vigorosa resistencia de los sitiados, estuvo á punto de tomar la plaza por escasear las municiones á los independientes; mas oportunamente se presentó Morelos á la vista del enemigo, que cogido entre dos fuegos, sufrió una completa derrota y dispersion. Fuentes y los pocos soldados que le quedaban fueron perseguidos hasta Chilapa, donde no pudieron hacer ninguna resistencia, y siguieron su marcha fugitiva rumbo á Tlapa. Ya en esta ocasion se hace notar la clemencia de D. Nicolás Bravo, quien en union de Galeana no se ocupaba de otra cosa que de contener á sus soldados que mataban sin piedad á los dispersos.

Con tales victorias, dirigió Morelos sus miradas hácia el Sur de Puebla, con el propósito de poder mover sus tropas por diversos puntos, conforme lo exigieran las circunstancias de la guerra: en consecuencia, teniendo ya conquistada la extensa zona que se dilata desde la costa del Pacífico hasta el

Mexcala, con excepcion de algunos puntos, movió su ejército hácia el rumbo indicado. Se posesionó de Tlapa; dejó allí una guarnicion, y pasó á Chiautla á atacar á Musitu, á quien derrotó (Diciembre 14 de 1811). En esta accion D. Nicolás Bravo peleó bizarramente en union de Galeana, á quien acompañó en su expedicion á Taxco. Muy pronto regresó Bravo á auxiliar á Morelos que estaba amagado por Soto Maceda en Izúcar, siendo vencido este jefe en la Galarza, debido á la actividad del jóven insurgente.

Nuestro héroe peleaba cada dia con más ardimiento. Atacó á Porlier en el cerro de Tenango; estuvo con Morelos en la toma de Taxco á principios de 1812; asistió á la accion de la barranca de Tecualoya; participó de la espléndida victoria de Tenancingo; y por último, se encontró en el memorable sitio de Cuautla, que por sí solo ha bastado para inmortalizar á los caudillos independientes que resistieron heroicamente por más de tres meses los horrores del hambre y de la sed, así como los estragos causados por el ardoroso clima y los proyectiles enemigos.

\* \* \*

A la caballescaca cuanto trágica dispersion de Cuautla, sucedió en breve la pérdida de casi todas las ventajas alcanzadas en favor de la revolucion, pérdida que sólo la inquebrantable fe de nuestros libertadores pudo contrastar, y que les valió una nueva serie de triunfos obtenidos despues.

Reorganizadas las pocas fuerzas de Morelos en Chautla, comenzó una nueva serie de operaciones que coronaron los más lisonjeros resultados: recobró á Chilapa por medio de su denodado Galeana; prestó oportuno auxilio á Trujano, sitiado por Régules y Caldelas en Huajuapán, y pasó á Tehuacan. En este punto recibió orden D. Nicolás Bravo para ir á atacar á Labaqui, que conducia un convoy de Veracruz; veloz como el rayo, marcha Bravo en busca de su competidor, lo sorprende en San Agustín del Palmar, y alcanza una completa victoria, quedando en poder de los insurgentes algunos cañones, muchos pertrechos, la correspondencia que venia de España, y doscientos prisioneros que envió á la provincia de Veracruz. Volvió á Tehuacan á participar á Morelos el resultado de su corta expedicion, y salió nuevamente rumbo á Veracruz. En su camino midió otra vez sus fuerzas con las realistas en el Puente del Rey, haciéndoles noventa prisioneros que condujo á Medellín, donde situó su cuartel general. Allí recibió la fatal noticia de la muerte de su padre, hecho prisionero á la salida de Cuautla, y condenado á la pena de *garrote vil* por el feroz Venegas, que despreció la vida de ochocientos prisio-

neros de guerra que se le ofrecieron en canje. Creyó insensatamente que los espectáculos de sangre pueden sofocar las aspiraciones á la libertad de un pueblo esclavizado por tres centurias. ¡Cuánto se engañó! Sucumbe Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez, y aparece Morelos; mueren trágicamente D. Leonardo Bravo, Matamoros, Galeana, Morelos, Mina y Pedro Asencio, y sobreviven para consumar la grande obra las arrogantes figuras de Guerrero y Nicolás Bravo.

\* \* \*

Toda una larga noche de inexplicables dolores consagró D. Nicolás á su infortunado padre, evocando en amarguísimos trasportes de tristeza los recuerdos de su ántes tranquilo y abandonado hogar, arrullado por las celestiales caricias de sus padres. Pagar de alguna manera por un acto de justa indignacion tamaño proceder del tirano, debió ser el pensamiento que le ocupó toda esa noche, y que le tuvo en constante indecision sobre si daria ó no cumplimiento á la orden de Morelos, relativa al fusilamiento de trescientos prisioneros españoles que tenia en su poder. Esa alma generosa de Bravo, toda ternura y bondad, no era posible que se inclinara al primer extremo, no era posible que viera en un momento apagarse tantas vidas, ni que endureciera los oídos á sus postreros ayes: da sus órdenes para que todo se aliste como si fuera á hacerse la ejecucion, enjuga sus lágrimas y se presenta á los presos, quienes cargados de grillos y cubierta el alma de tristeza, no osaban levantar la vista ante el jóven general. Éste se dirige á ellos, les expone el peligro en que los habia puesto la conducta del Virey, y la gracia que les otorga concediéndoles una libertad absoluta para que puedan dirigirse á donde quieran. ¡Noble rasgo de generosidad, digno de ser cantado por Homero!

\* \* \*

Hasta aquí hemos visto á Bravo militar á las órdenes del gran Morelos; ahora vamos á seguirle en sus temerarias hazañas por el rumbo de Veracruz. En tanto que Morelos se posesiona de Oaxaca y Acapulco, miéntras instala en la heroica ciudad de Chilpancingo el primer Congreso Mexicano, nuestro héroe lleva sus armas victoriosas por diversos puntos: Jalapa, el Puente del Rey, Tlalixcoyan, el puerto de Alvarado y San Juan Coscomatepec fueron su-

cesivamente el teatro de sus operaciones militares. En este último punto se vió obligado á resistir un formal sitio de más de treinta dias, dirigido por jefes de renombrada pericia militar, tales como Andrade, Conti, Cándano y Águila, quienes encontraron la posicion de Bravo en tal estado de defénsa, que juzgaron muy difícil tomarla por asalto. Habiendo escaseado los víveres y municiones, se pensó en abandonar el cerro, cuya ingeniosa salida merece ser ligeramente referida. Sin comunicar á nadie sus intenciones, una noche dió Bravo órdenes para que se pusiesen luminarias en todo el campamento y se ataran perros á las campanas que servian para las rondas, á fin de que el enemigo no sospechara el abandono del punto, evacuado en seguida con toda la tropa y los moradores de la poblacion, por un camino excusado. Los sitiadores, despues de tantos dias de asedio, en el que se gastaron grandes sumas y se sucedieron tantos jefes, alcanzaron como fruto miserable un cerro abandonado que para nada les servia. Entretanto D. Nicolás Bravo, sin ser molestado en su camino, llegó, al cabo de tres dias, á Huatusco.

Por este tiempo (Octubre de 1813) el genio belicoso de Morelos le sugirió la conquista de Valladolid (hoy Morelia). Para tamaña empresa era necesario hacer converger á un solo punto las fuerzas diseminadas de los principales jefes de la revolucion.

Bravo tuvo que abandonar el territorio donde alcanzara tantos triunfos, para ir á prestar su contingente á Morelos, cuyo ejército llevó á las puertas de Valladolid. Comenzado el ataque desde las lomas de Santa María, á fines de Diciembre de 1813, y situados Galeana y Bravo en la garita del Zapote, la toma de la ciudad se hubiera efectuado sin duda, á no haberse presentado las fuerzas de Llano é Iturbide, que derrotaron á las de Bravo y Galeana, y entraron en la ciudad. Habiendo salido Iturbide á practicar un reconocimiento al campo insurgente, trabó combate formal, y regresó á la plaza con algunos cañones. Como la vuelta de este jefe á la ciudad se efectuó por la noche, y los insurgentes no se apercibieron de ello, sobrevino la confusion en las filas y siguieron combatiendo unos con otros hasta dispersarse, abandonando artillería y municiones.

Los pequeños restos del ejército de Morelos en vano pretendieron resistir el avance de los realistas en Puruaran, teniendo que retirarse nuevamente al Sur.

Léjos de amortiguarse en el héroe, con las recientes desgracias, el fuego sacrosanto que le habia impulsado á la revolucion, ardió cada vez con más intensidad, y le dió valor para proseguir esa larga lid que justificó la más santa de las causas.

Durante los años de 1814 y 1815, siguió prestando sus importantes servicios á la patria. En Noviembre de este último año acompañó á Morelos en la arriesgada empresa de custodiar al Congreso que se trasladaba á Tehuacan. Obligados por las fuerzas realistas que les seguían de cerca, tuvieron que empeñar un desigual combate en Tezmalaca, donde fué hecho prisionero el gran Morelos. Momentos ántes de este infausto suceso, viendo Bravo el peligro que corria Morelos entre los fuegos enemigos, le hizo presente su deseo de morir combatiendo á su lado, á lo que contestó Morelos: "Vaya vd. á escoltar al Congreso, que yo poco importo."

¡Iman irresistible de la idea! ¡Sublime abnegacion del uno y generoso proceder del otro! ¡Almas brillantadas en un solo haz de gloria, regocijaos! ¡Vuestra obra está terminada!

\* \* \*

Cumplió Bravo tan delicada mision, logrando llegar con el Congreso á Tehuacan, de donde se retiró poco despues á Coscomatepec con motivo de los disgustos que tuvo con Terán.

El grande ascendiente y la alta nombradía de que gozaba por ese rumbo, provocaron los celos de Victoria, quien le suplicó se retirase al Sur donde era necesaria su presencia. No era extraño que quien habia dado tantas pruebas de generosidad y grandeza de alma se opusiera á tal insinuacion, anteponiendo las comodidades personales á la salvacion de su patria. Marchó casi solo en busca del indómito Guerrero, quien le proporcionó pertrechos de guerra y algun dinero, despues de haber conferenciado ambos para desarrollar un nuevo plan de operaciones. Siguió Bravo su marcha; en Cuautla adquirió algunos recursos y se dirigió luego á Ajuchitlan, donde permaneció algunos dias organizando nuevas tropas que pronto hizo ascender á más de mil hombres; con tales elementos se fortificó en Cópore, y resistió, como otras veces, un largo sitio que los realistas se afanaban por llevar á feliz término. Acosados los sitiados por el hambre, pues los perros y caballos muertos eran su alimento más regalado, no les quedaba otra esperanza de salvacion, en vista de la costumbre de los caudillos insurgentes de no entrar jamas en contestaciones deshonorosas con el enemigo, que abandonar la posicion circunvalada por todas partes. Hubo, pues, que tomar una última resolucio: dejarse caer por un derrumbadero llamado las Cuevas de Pastrana, en cuyo acto perecieron muchos de los fugitivos á manos de los sitiadores.

Bravo, aunque estropeado por la caída, se salvó por esta vez oculto entre

unas peñas: pasado el riesgo, tuvo que hacer una travesía de más de treinta leguas á pié y desfallecido por el hambre, hasta el rancho del Atascadero, donde se le proporcionó un caballo para continuar su camino hácia Huetamo, donde pensaba reunir los dispersos.

Trascurrido algun tiempo, y despues de haber tenido varios encuentros con las fuerzas vireinales, entregó á Guerrero el mando de sus tropas y se retiró al rancho de los Dolores, lugar escondido en la Sierra, para curarse de los golpes que recibió á su salida de Cópore. No faltó un miserable que le hubiera delatado á Armijo, quien se apresuró á realizar la captura de jefe de tanta nota, poniéndose inmediatamente en marcha por tortuosos senderos hácia el paraje indicado, que mandó rodear por todas partes á fin de que no pudiera escapársele su presa. El 22 de Diciembre de 1817 fué hecho prisionero D. Nicolás Bravo, juntamente con otras personas notables que lo acompañaban. Conducidos todos los presos á Cuernavaca, el virey dispuso que fueran pasados por las armas sin más requisito que la identificacion de las personas; pero habiéndose interesado por la vida de Bravo el mismo Armijo con toda la oficialidad, modificó el virey sus órdenes, mandando que á todos se les formase causa. Trasladado D. Nicolás á la cárcel de Corte de la ciudad de México, sufrió con valerosa resignacion una larga y dura prision, en la que con una barra de grillos en los piés, no podia salir á tomar sol sino sacado en hombros de su oscuro calabozo. Confiscados todos sus bienes, su abandonada familia vivia en la miseria, y él entretenia sus obligados ocios, haciendo cigarrerías de carton, de las que sacaba una ínfima ganancia para comprar chocolate y tabaco; y sin embargo, nada pedia, de nada se quejaba, y cuando el virey visitaba la prision, Bravo le causaba el mismo efecto que un monarca destronado.

\* \* \*

El restablecimiento en España de la liberal Constitucion de 1812, trajo consigo la libertad de los reos políticos. D. Nicolás Bravo, en compañía de otros presos notables, la obtuvo bajo de fianza, yéndose á residir á Cuautla (Diciembre de 1820).

Invitado por Iturbide por medio de una carta que le dirigió para que le ayudase á continuar la guerra de Independencia, juzgó prudente no contestarla, recelando de la buena fe del antiguo rival de los insurgentes, que en su fanático furor no les daba otro epíteto que el de rebeldes y *descomulgados*. Solicitada su ayuda segunda vez, se presentó á Iturbide en Iguala, conferenció

con él, y éste le confirió el grado de coronel. Cuando le manifestó que no podía restituirlo en su antiguo empleo de teniente general, Bravo contestó: "que no había ido á solicitar honores ni distinciones, sino á ofrecer sus servicios como soldado por la independencia de su patria."

Pronto logró organizar una fuerte division, con la que en union de Herrera y de Victoria sometió gran parte del Estado de México y toda la provincia de Puebla, con lo que allanó á Iturbide las puertas de esta ciudad, á la que entró con su ejército de las Tres Garantías en són de triunfo.

Tocó, pues, en suerte á nuestro héroe la incomparable dicha de arribar al anhelado puerto despues de tantas borrascas. El 27 de Setiembre de 1821, entre las entusiastas aclamaciones del pueblo, vió realizados todos sus ideales, mirando surgir de los carcomidos restos de la antigua colonia, los gérmenes de la nueva nacion vivificados al calor de la libertad.

\* \* \*

Si grande había sido la obra de independer á México de la madre patria, si inmensos los sacrificios de sus preclaros hijos inmolados ante sus aras, más grande y difícil aún era la tarea de constituir la nueva nacion por medio de un sistema de gobierno estable y en armonía con las progresivas ideas del siglo XIX. De allí esa prolongada serie de agitaciones políticas que han conmovido nuestro querido suelo por más de cincuenta años.

Quien había sido actor en el drama sangriento de independencia, no podía ser espectador en la obra de reconstrucción: Bravo continuó siendo el fiel servidor de su patria. En 1828 contribuyó eficazmente á derrocar la primera testa coronada que intentó bastardear las aspiraciones nacionales (nos referimos al tristemente célebre D. Agustín de Iturbide); desempeñó varias veces con acierto la primera magistratura de la nacion, no obstante las debilidades que se le atribuyen y de las cuales es disculpable, si se atiende á que todos los gobernantes las han tenido, dada la falibilidad humana, así como al espíritu inquieto y turbulento de su tiempo, en el que los pronunciamientos se suscitaban con frecuencia. Jefe de un partido, tuvo necesidad de hacer el papel de disidente encabezando algun plan político. En una ocasion en que la cosa pública quedó en manos del partido dominante, tuvo que ir al extranjero á saborear el amargo pan del destierro.

La desastrosa invasion norte-americana de 47 vino á calmar por breve tiempo las guerras intestinas que asolaban el país, haciendo deponer los odios

de partido en pro de la defensa nacional. El General Bravo abandonó las delicias del hogar y acudió al llamado de la patria en peligro; pero esta vez su astro protector se iba á esconder entre las espesas brumas del cielo de México, y sus patrióticos manifiestos no pudieron levantar el espíritu público, bastante decaído por las desgraciadas acciones de Palo Alto, Angostura y Cerro Gordo. Habiéndosele confiado la defensa de Chapultepec, último reducto de las tropas mexicanas, resistió cuanto pudo la toma del fuerte. En esta vez se aquilató su valor y presencia de ánimo: tranquilo escuchaba el aterrador estruendo de las baterías enemigas. Habiendo notado los instintivos movimientos de uno de sus ayudantes bastante acobardado, se dirigió á él diciéndole con extrañeza: —¿Qué sucede con usted?

—Señor, respondió el interpelado, las balas pasan muy cerca de nosotros, y...

—Pues cuando vea usted venir otra bala, avíseme para esconderme, repuso el General.

Ya en momentos de consumarse el asalto, se desbandó toda su tropa, esperando él solo el desenlace de tan funestos acontecimientos. Sin ninguna resistencia de parte de nuestras armas, ocupan el castillo las fuerzas enemigas, intiman rendición á su heróico defensor, y éste les indica con un ademán el lugar cercano donde había clavado su espada, pues conceptuaba indigno de su grandeza tener que entregarla por sus manos.

La fama del héroe había recorrido el mundo; su solo nombre bastó para que los norte-americanos le hubieran dispensado toda clase de consideraciones.

Despues de estas gloriosas escenas, se retiró al Sur á pasar al lado de su familia en tranquila paz, los últimos años de su vida.

Dejó de existir el 22 de Abril de 1854, y sus restos venerandos fueron depositados en la iglesia parroquial de Chilpancingo, frente al altar mayor.

¡Tal fué el hombre extraordinario, que al perdonar la vida de trescientos españoles, celebró por sí mismo su apoteosis!

\* \* \*

Hemos terminado á grandes rasgos este humilde trabajo que se nos encomendó. Al abordarlo, no fué otro el móvil que nos guió que el deseo de cooperar con nuestros débiles esfuerzos á la solemnización del primer centenario de Bravo, iniciada por el progresista y patriota Gobernador de Guerrero.